

Error cartesiano y ciencias

Dr Luis F Bertello

Director de Chemiconsult.

Parecía imposible

Hasta hoy han coexistido dos formas de pensamiento que Karl Popper y CP Snow llamaron “las dos culturas”; la clásica o humanística que en Occidente se formó con las primeras Universidades, y la del pensamiento “científico” iniciado con las ciencias experimentales con Newton Galileo, Bacon, Lavoisier, etc.

Ambas crecieron casi sin mezclarse y a menudo con contradicciones en los mecanismos de formación y discusión de temas afines.

Aún hoy esa divergencia sigue y las dos culturas no se unen o reconocen, como pregonan Popper y Snow.

Sin embargo, el humanismo clásico, con Filosofía y sus disciplinas similares, debió responder a serias objeciones como, entre otras, la originada en el Principio de Incertidumbre de Heisenberg que venía a objetar la noción absoluta de la causalidad y ponía en discusión el principio de No Contradicción.

Un ejemplo de la duración de esta contradicción podemos verla en la posición de Descartes sobre la primacía de la razón que, en su teoría, no podía estar influida por las emociones como ya había dicho Platón y luego Kant, que llevó al movimiento de glorificación de la llamada Diosa Razón.

Esta posición fue refutada por Pascal (ambos en el Siglo XVII) quien insistió en afirmar que había razones de la emoción que no eran tenidas en cuenta.

Ambos eran además matemáticos. No olvidar que a Descartes se le debe el uso universal de las coordenadas llamadas por ello “cartesianas” y a Pascal los estudios sobre la presión atmosférica, la teoría de probabilidades y otros desarrollos matemáticos.

El concepto de Descartes llevó como consecuencia al Racionalismo y su negación de toda influencia del espíritu, que tenía por falso lo dictado por emociones, religiones, etc.

O sea, eliminaba todo fundamento biológico común a la razón y la emoción humanas.

Pero Pascal lo contradijo (con poco éxito): cuando dijo “es en el conocimiento del corazón (emociones) y los instintos, que la razón debe establecerse y crear los fundamentos de todo su discurso”.

Algo parecido expresó Spinoza, quien sostuvo que la razón no debía estar orientada ciegamente a la obtención de sus fines sino ser el almacén de una existencia ética.

Estas observaciones prefiguraron el concepto actual sobre la regulación biológica que tienen los organismos para su supervivencia.

Pero, ¿cómo podría haberse definido la cuestión, si los argumentos, no podían cotejarse con una demostración experimental?

El pensamiento científico comenzó por suponer que los mecanismos de supervivencia, tan complejos, tienen su centro de control en el cerebro por obra de las neuronas y los neurotransmisores.

Desde fines del siglo pasado se pudieron estudiar las reacciones cerebrales por medio de diversas metodologías como la tomografía computada, la resonancia nuclear magnética y otras avanzadas.

Estos estudios de la actividad cerebral llevaron a un descubrimiento sorprendente: el razonamiento y las emociones activan el mismo sitio cerebral, el llamado lóbulo prefrontal; estudios que deberían proseguir para identificar los mecanismos de ambas.

Este hecho permitió llegar a la conclusión que Pascal había acertado en su posición y poner en descubierto lo que ha dado en llamarse el “error cartesiano”. Estas experiencias demuestran que el razonamiento está influenciado por la emoción del que razona y recíprocamente.

O sea, se confirma que la racionalidad puede depender de la pasión interna del hombre, que anima a esos aparatos y mecanismos automáticos cerebrales.

Si recordamos las pasiones desatadas por la pretensión racionalista de ser la única verdad, vemos que deberíamos replantear muchas de las conclusiones de varios siglos de aceptación de la independencia absoluta de la razón. Los frutos prácticos de esta teoría a los que hemos asistido como los suscitados por los totalitarismos, nos deberían obligar a pensar en un cambio de enfoque.

Los hechos neurobiológicos traducen en una realidad la intuición filosófica pascaliana.

Sucedió lo que *parecía imposible*, que estudios físicos con fines médicos y de investigación biológica pudieran llevar, de confirmarse y progresar con estudios de sus mecanismos, a una decisión sobre dos posiciones del pensamiento humanístico.

Es importante destacarlo por el renacimiento actual del racionalismo a ultranza, y del relativismo radical proclamado por organismos de la ONU, como un “derecho humano”, que supera a la naturaleza y resulta en contradicción con estos descubrimientos.

¿Podrá lograrse que hechos como éste lleven a una mayor comprensión de las dos “culturas” y puedan colaborar compenetrándose en mejoras de la conciencia humana?

Una posible salida al futuro podría ser la aceptación de un nuevo Humanismo que incluya las ciencias básicas y adopte como propio el pensamiento científico y así mejore el enfoque unicista de las Humanidades clásicas, que ha demostrado ser insuficiente y erróneo.

Sería interesante profundizar estas cuestiones y esperar que lleven a ajustar las conductas humanas a la naturaleza.